

ÓSCAR GARCÍA BLESA

JULIO

La biografía



En la noche que cumplía veinte años, un accidente de coche en una carretera de Madrid cambió para siempre la vida de un joven lleno de sueños. Aquel muchacho, inmóvil durante más de un año y medio en una cama de hospital, se abrazó a una guitarra como única válvula de escape. Desde su cama, sin saberlo, Julio Iglesias construiría una de las historias de conquista global más fascinantes del siglo XX.

La vida de Julio Iglesias es mucho más que una colección de efemérides y cifras, es una historia de superación, amor, fama, éxito y redención. Su carrera no es solo el relato de su inigualable triunfo y reinención, es también la crónica sociocultural de todo un país a lo largo de más de setenta años.

En 2019 se cumplen 50 años del debut discográfico de Julio Iglesias. Recabando datos de su trayectoria personal y profesional, Óscar García Blesa reúne todas las piezas de un puzzle vital, un repaso por las luces y las sombras de su historia, una vida intensa como la letra de muchas de sus canciones. Julio es la crónica emocional, cultural y sentimental de un artista único que nunca ha abandonado los escenarios y que no tiene intención de hacerlo mientras viva.

Para Óscar y Lola.
No dejéis que nadie os diga nunca que no
podéis hacer algo.

16 diciembre de 2001, Julio Iglesias en el Instituto Cervantes de Madrid, después de recibir el premio al artista que más discos ha vendido en España y el premio al artista latino con mayor número de discos vendidos en el mundo. En dicho acto anunció que esa sería su última actuación y evento público. © Album / KPA-ZUMA.



Julio Iglesias, circa 1970. © Getty / STILLS.

Prólogo "Hey"

Pocos días antes de que el verano de 2001 llegara a su fin, en un particularmente húmedo y ardiente mes de septiembre, conocí a Julio Iglesias.

Me encontraba en Miami trabajando con Alejandro Sanz en los estudios de grabación Critería. Alejandro ultimaba los ensayos de su álbum *MTV Unplugged*, poco antes de viajar hasta Los Ángeles y asistir a la segunda edición de los premios Grammy Latinos.

Un día, a media tarde, y refugiados al abrigo del aire acondicionado, la puerta del estudio se abrió de golpe con una visita inesperada. Con un reconocible retroceso de ida y vuelta, como en los salones del lejano oeste, las puertas oscilaron dejando paso a Julio Iglesias.

Julio, elegante, impecablemente vestido a pesar del asfixiante calor del exterior, entró muy despacio, arrastrando con él una sutil cojera, observando todo lo que ocurría en el interior de la sala, como el cazador acechando a su presa.

Eché un vistazo de lado a lado y, una vez identificados todos los personajes de la escena, se acercó hasta la mesa de mezclas, donde con perfectos modales se dirigió a Alejandro y al resto de músicos que en ese momento ensayaban al otro lado de la enorme cabina de cristal. Julio levantó levemente la voz y saludó con un escueto «Hey!», una

cortesía cercana y espontánea, un gesto casi de reverencia empapado de un acento afectado, un deje a medio camino entre el más castizo «hola» español y un relamido «hi» del sur de Florida. Todos habíamos escuchado antes aquel «Hey!» tan extraordinariamente singular y mil veces caricaturizado, pero nunca, al menos yo, lo habíamos visto representado en vivo y en directo por el personaje principal.

Parodiarse a uno mismo demuestra una inteligencia extrema, un control absoluto entre el personaje y la persona, el manejo definitivo de la identidad. Hay que ser muy brillante para hacer de Julio Iglesias siendo Julio Iglesias, sin tomarse en serio y ser a la vez auténtico y simpático. En Miami todos tuvimos la sensación de que Julio Iglesias estaba interpretándose a sí mismo por diversión, nos regaló un *sketch* del *Julio Iglesias superstar* por puro placer.

Después todo sucedió muy deprisa. Julio, por espacio de cinco minutos, se sentó en un larguísimo sofá de cuero color chocolate, hablando con unos y con otros de cualquier cosa; su última cena en casa de los Clinton, de su bodega de vino favorito, de cuando le pisó la mano a la princesa Grace Kelly o de aquella vez que se sentó a cantar con Stevie Wonder o Diana Ross, asuntos cotidianos nada importantes. Una vez recuperado del intenso bochorno que abrasaba en el exterior, se puso en pie y se marchó. Pero antes de abandonar el estudio, mientras se despedía moviendo cortésmente su mano, como lo hacen los monarcas en sus saludos reales al pueblo llano, lanzó al aire —sin dirigirse a nadie en concreto— un enigmático mensaje: «Un día tenemos que hacer algo juntos».

Le acompañé hasta la puerta agradeciéndole el gentil gesto de visitar a Alejandro en el estudio. Guiñó un ojo y me estrechó la mano.

—Gracias por nada chaval —me dijo sonriendo con una mueca característica de simpatía. Y entonces, el genio desapareció.

Cuando por fin se fue, la gente siguió trabajando en sus cosas, preguntándose si ese que acababa de salir por la puerta era Julio Iglesias.

Nadie podía prever que, tan solo unos días después de aquel fortuito encuentro con Julio en un estudio de Miami, el mes de septiembre de 2001 sería recordado por uno de los episodios más dramáticos de la historia.

Un sacudida física y emocional

En la noche del 10 de septiembre de 2001, Julio Iglesias asistía como invitado de honor a una cena homenaje, preámbulo al premio Grammy a la Personalidad del año con el que había sido honrado, el tributo de la Academia a un tesoro internacional, al hombre que había encauzado su pasión y su talento a la difusión de la cultura latina en los cinco continentes.

El homenaje comenzó a las siete en el hotel Beverly Hilton, situado en el corazón de Beverly Hills. Estrellas internacionales como Celia Cruz, Laura Pausini, Arturo Sandoval o Alejandro Sanz cantaron para Julio en un evento memorable. Durante la cena nadie reparó en un detalle premonitorio, una sacudida física y emocional que había sucedido unas pocas horas antes. A eso de la cinco de la tarde, mientras hacíamos tiempo en la habitación del hotel L'Ermitage, en esos ratos de ducha, puesta a punto y planchado de traje, un violento terremoto sacudió el suelo de Los Ángeles. La tierra tembló veinticuatro horas antes de que Osama Bin Laden sacudiera al mundo entero.

A la mañana siguiente, cuando se produjeron los ataques a las Torres Gemelas en Nueva York, todos dormíamos en Los Ángeles. El primer avión, el vuelo 11 de American Airlines con destino a LAX, explotó contra la Torre Norte a las 8:47 a. m. Encendí la televisión justo en el momento que el segundo avión, un aparato que cubría el vuelo 175

de United Airlines, se empotraba contra la Torre Sur del World Trade Center. Poco después vi la desintegración de la primera torre. Por muchas veces que las veas, hay cosas que no dejan de sobrecogerte.

El 11S conmocionó al mundo, pero al ciudadano americano, acostumbrado a combatir lejos de sus fronteras, aquel ataque en su propia casa lo dejó completamente grogui. Uno de los símbolos más impresionantes de prosperidad de Estados Unidos sepultó bajo toneladas de escombros a miles de personas, gente anónima que representaba el lado más trágico y realista de la vulnerabilidad del país.

La primera consecuencia del 11S fue la suspensión indefinida por parte de George W. Bush del espacio aéreo norteamericano y el bloqueo de las fronteras. Todos los aeropuertos de Estados Unidos cerraron y los vuelos fueron congelados. Todos los que teníamos previsto regresar a España una vez finalizados los premios, que naturalmente se cancelaron, nos quedamos bloqueados en América durante más de una semana. Todos excepto Julio Iglesias.

El cantante, que tenía previsto cantar el 13 de septiembre en la plaza de toros de Las Ventas en Madrid, en el último concierto de su gira, tomó su avión privado nada más finalizar la gala homenaje, poco antes de los atentados, y salió hacia su casa de Punta Cana, en la República Dominicana. Desde allí, dos días más tarde, se trasladó hasta el hotel Villa Magna de Madrid, su cuartel general en la capital de España.

Julio Iglesias decidió suspender el concierto de la plaza de toros de Las Ventas en señal de duelo por las víctimas de los atentados, y se trasladó a Marbella para estar junto a su mujer, Miranda, y sus cuatro hijos pequeños. El concierto, que cerraba la gira de presentación de su álbum *Noche de cuatro lunas*, se pospuso una semana. Julio se sumaba así a Sting, quien también había cancelado un concierto en *streaming* desde su casa de la Toscana italiana; Madonna, que anuló sus actuaciones en el Staples Center de Los Án-

geles, y a otros muchos artistas que alrededor del planeta habían suspendido su actividad conmocionados con los terribles acontecimientos de Nueva York.

El recital de Madrid se celebró finalmente el 18 de septiembre. Antes de comenzar con la canción *Nathalie*, Julio Iglesias pidió un minuto de silencio «para expresar nuestras condolencias y tristeza al pueblo norteamericano por el gravísimo acto terrorista de hace unos días». La plaza de toros celebró con un cerrado aplauso aquellas palabras, festejando a partir de ese momento todas y cada una de las canciones que tenía preparadas, cantándole al amor y a la vida de manera sencilla, tal y como había hecho desde siempre.

Como no podía ser de otra manera, el concierto de Madrid fue un éxito rotundo, convirtiéndose desde ese momento en una de las noches más significadas en la ya por entonces larguísima carrera del artista. Al ritmo de *Manuela*, *De niña a mujer*, *Un canto a Galicia*, *Soy un truhan*, *soy un señor*, *Lo mejor de tu vida*, *Bamboleo*, *Me va, me va*, *Me olvidé de vivir* y, por supuesto, *La vida sigue igual*, Julio se despidió del escenario entre gritos de «¡Guapo!», «¡Torero!» y «¡Viva España!». Tal cual.

Nosotros, los que todavía no habíamos podido regresar a España, y seguíamos atascados a miles de kilómetros de nuestras casas, vivimos en la distancia el triunfo de Julio Iglesias en Madrid con emoción y cierta nostalgia. En aquellos días de inquietante incertidumbre internacional, el artista español más universal de todos los tiempos acababa de lograr un triunfo épico en España. El éxito de Julio, una estrella sin duda, pero alguien de carne y hueso que al fin y al cabo había compartido con todos nosotros la noche previa al desastre, de alguna manera nos empujó a volver.

Las fronteras de Estados Unidos habían iniciado un tímido desbloqueo varios días después de los atentados. Como si su actuación hubiese desactivado una barrera invisible, después del concierto de Julio Iglesias en Madrid al-

quilamos un coche y viajamos hasta México rumbo a Europa, de regreso a casa.

A ritmo de John Coltrane

En parte, la idea de escribir este libro nació a raíz de mi primer encuentro con Julio Iglesias aquella calurosa tarde de septiembre en un estudio de Miami cuando, antes de marcharse y, aun sabiendo que no se dirigía a mí, dijo aquello de «Un día tenemos que hacer algo juntos». Pero solo en parte.

Desde pequeño había crecido con su ubicua presencia. Si uno pudiera viajar en el tiempo y visitar a escondidas las colecciones de discos de cualquier familia en la España de los años setenta, en nueve de cada diez casas encontraría una copia de *Puente sobre aguas turbulentas* de Simon & Garfunkel, un ejemplar de *Señora* de Rocío Jurado, la omnipresente melena rubia de Richard Clayderman y un álbum de Julio Iglesias como mínimo. No hacía falta que te gustaran, no había elección, sencillamente estaban allí.

En mi casa también se escondían discos de Joan Manuel Serrat, la Creedence Clearwater Revival y The Beatles, y paradójicamente entre esa pluralidad de estilos, la imagen de Julio Iglesias emergía siempre con mirada seductora e intrigante, de alguna manera, los ojos de Julio te retaban desde la misma portada de sus discos, parecían decirte: «Sí, ya sé lo que estás pensando, The Beatles molan..., pero yo también». Y claro, acababas pinchando *Abrázame* o cualquiera que fuera la canción estrella del disco. Y, efectivamente, aquel encantador de serpientes con voz ligera molaba.

Con los años, el cantante español ha pasado de *crooner* almibarado a *latin lover* profesional, de ídolo de la canción ligera a leyenda inmortal, de padre de ocho, a dichoso abuelo de cuatro, un seductor en toda regla en cualquiera

de las etapas de su vida. Y es precisamente mi fascinación por el hombre, muy por encima del personaje, lo que me llevó a proponerle la idea de este libro a Gonzalo Albert, mi editor.

La mitología y leyenda que envuelve a Julio Iglesias resulta fascinante. Desde prácticamente el inicio de su carrera, Julio ha sobresalido como un fenómeno social con múltiples miradas, alguien con diferentes capas que desentrañar merecedor de un análisis profundo. Sus ventas globales, por encima de los trescientos cincuenta millones de discos en todo el mundo, lo sitúan entre los cinco artistas más vendedores de todos los tiempos. El español ha conquistado los lugares más recónditos del planeta, adaptándose a culturas y lenguas como un camaleón. Educado y cosmopolita, ha sido el artista español que más ha triunfado al otro lado de nuestras fronteras. Ha actuado para jefes de Estado, reyes y princesas. Ha cantado con Frank Sinatra, Charles Aznavour, Plácido Domingo, y el mismísimo Bob Dylan, en un ascensor en São Paulo, le dijo: «Oye, Julio, a ver cuándo empiezas a grabar mis canciones, chico»^[1].

Ha pisado escenarios en los cinco continentes, de Hong Kong a Buenos Aires, de Manila a Tel Aviv, de Helsinki hasta El Cairo. Dentro de la historia cultural de España, su vida personal y logros profesionales tienen indiscutiblemente una trama de novela. Y esa es la idea que le conté a Gonzalo, ordenar la historia que navega de aquí allá para contar la fabulosa vida de Julio Iglesias.

Mi admiración por Julio, sus logros artísticos y su caleidoscópica personalidad han sido los argumentos fundamentales que me han empujado a escribir esta biografía. Pero hay mucho más. En el libro, además de conocer con detalle sus numerosas hazañas, sobrevuela la idea de ofrecer una nueva mirada del hombre y el personaje, alguien al que todo el mundo conoce y que, como cualquier ser humano, también tiene esquinas sin barrer.

Narrado a ritmo de jazz, el libro está escrito a media luz, casi siempre de noche y naturalmente respira música. Lo del jazz tiene una explicación sencilla. El primer día que me abalancé sobre el teclado cayó en mis manos el formidable disco *Liquid Spirit*, de Gregory Porter. Aquella primera noche de escritura, las aventuras de Julio Iglesias fueron apareciendo en forma de palabras mecidas por el *swing*. Después de Porter seguí escribiendo acunado por Miles Davis, Bill Evans, Dave Brubeck y John Coltrane, y fue *Genius of modern music. Volume 2*, de Thelonious Monk, lo que marcó definitivamente el tiempo de la narración. La música es esencial para desentrañar la vida de Julio Iglesias y, como elemento fundamental de su historia, he tratado que las palabras estuvieran acompañadas de la mejor banda sonora posible. Escribir con John Coltrane ha sido una experiencia gozosa, la cara A de *Blue train* es infalible. Les invito a probarlo mientras leen.

Esta es la historia de un mito, una leyenda viva de la música que este año celebra aniversario. En 2019 se cumplen cincuenta años del lanzamiento de *Yo canto*, el primer trabajo discográfico de su carrera artística.

La vida de Julio Iglesias es mucho más que una colección de efemérides y cifras, una historia de superación, amor, fama, éxito y redención, el relato no solo de su inigualable triunfo y reinención, sino también la crónica sociocultural de un país a lo largo de más de setenta años. Como la Coca-Cola, Apple, Levi's o McDonald's, hay marcas que viajan por el mundo sin importarles el idioma, la religión, la raza o las fronteras. En cualquier rincón del planeta, preguntes a quien preguntes, todo el mundo sabe quién es Julio Iglesias.

O tal vez no.

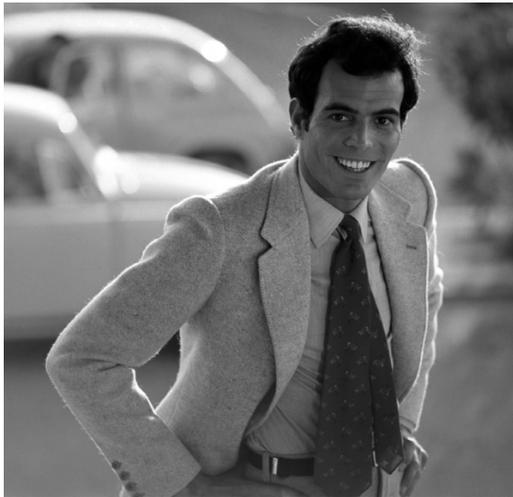
Primera parte (1943-1967)

«El mejor escritor no es el que mejor escribe, sino el más leído».

Julio Iglesias



16 diciembre de 2001, Julio Iglesias en el Instituto Cervantes de Madrid, después de recibir el premio al artista que más discos ha vendido en España y el premio al artista latino con mayor número de discos vendidos en el mundo. En dicho acto anunció que esa sería su última actuación y evento público. © Album / KPA-ZUMA.



Julio Iglesias, circa 1970. © Getty / STILLS.

0 La cárcel de cristal

Spanish eyes, Humperdinck Engelbert

A Julio Iglesias le dan miedo los aviones. Resulta paradójico que alguien que ha dado la vuelta al mundo un millón de veces, él, que ha recorrido el planeta entero subido en reactores de todos los tamaños y colores tenga pánico a volar.

Dentro de un avión el ser humano ve limitada su capacidad de movimientos, y desde muy pequeño, a Julio le aterrorizó la falta de libertad física. En su opinión, la libertad intelectual se puede combatir con ingenio, agudizando al máximo todos los sentidos. La falta de libertad física imposibilita el movimiento, en el caso de Julio Iglesias una sensación de encadenamiento recurrente a lo largo de toda su vida.

Julio fue siempre un niño hipersensible, cualquier cosa le hacía llorar y reír, sintiéndose el más feliz y el más desgraciado al mismo tiempo. En una ocasión relató el mayor castigo que le podían infligir cuando todavía era un niño, un mal estudiante más interesado en las artes y los balones que en los libros y las clases. Julio recordó entonces cuando llegaba a casa con malas notas y su madre solía encerrarlo en el baño para pensar. El pequeño Julio Iglesias se sentaba donde la ducha, o en el retrete, y se ponía a fantasear.

Después de hora y media de mucho meditar en el interior de aquel estrecho cuarto, agobiado, el pequeño Julio pedía salir a gritos. Tan pronto abrían la puerta, salía del